

YO EN DIOS O EL CIELO

POR UN
CARMELITA DESCALZO
(P. VALENTÍN DE SAN JOSÉ)

2.ª edición preparada por
FRAY MATÍAS DEL NIÑO JESÚS

2004
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

Con censura eclesiástica

Puede reeditarse:

P. Fray Francisco Brändle,
Provincial de Carmelitas de Castilla
Madrid, 4 de junio de 2003

ISBN: 84-7770-645-X

Depósito legal: S. 45-2004

Polígono Ind. «El Montalvo». 37008 Salamanca
Teléfonos 923 19 02 13 - 923 19 07 00. Fax 923 19 02 13
calatrava@imprentacalatrava.com
www.imprentacalatrava.com



Presentación del autor

El autor de tantos libros espirituales, que con notorio éxito se venden, escritos por un carmelita descalzo, es el P. Valentín de San José. Ahora que ya cambió la tierra por el cielo, podemos desvelar su nombre, que siempre ocultó en libros y artículos de revistas.

El 14 de junio de 1989 falleció tranquilamente con gran fama de santidad en el Desierto Carmelitano de San José de Batuecas a la edad de 93 años.

Nació el P. Valentín en el pueblecito de Castilfalé (León) el 5 de enero de 1896 de familia muy cristiana y carmelitana. Ingresó carmelita a los trece años, entre los que viviría con ininterrumpida ejemplaridad durante 80 años. Desde los 31 años se le encomendaron oficios de gobierno, que ejerció durante casi toda su larga vida, como Maestro de novicios, Prior, Consejero Provincial y por cuatro veces Provincial de la Orden en Castilla y Cuba. En función de este cargo de acuerdo con la celebrísima Santa M. Maravillas y sus monjas restauró el Desierto de San José de Batuecas en 1950.

En los treinta años que residió en Madrid desarrolló con eminente crédito de virtud y celo sacerdotal, una abnegada y estimadísima actividad apostólica en el Templo Nacional de Santa Teresa como predicador fogoso, confesor, director espiritual, consejero nacional de las Hermandades Ferroviarias en España y director de la Orden Tercera del Carmen y Santa Teresa. Dio muchas tandas de ejercicios espirituales sobre todo a religiosas carmelitas, a las que encaminó numerosas vocaciones. En más de treinta años fue consejero habitual y confesor de la universalmente venerada Santa Maravillas de Jesús.

Durante los últimos veinte años estuvo retirado en la soledad del Desierto de Batuecas que él había restaurado, dedicado de lleno a la vida de oración y austeridad.

La práctica de la presencia de Dios la recomendaba encarecidamente y en consecuencia él la practicaba con atención amorosa todo el día realizase ocupaciones materiales o intelectuales. No conocía el ocio: oraba, leía, escribía o trabajaba en el campo intercalando ratos de adoración ante el sagrario, que era su devoción más ferviente. La oración mental fue una de sus más destacadas características tanto en su ejercicio como en su enseñanza; sus libros más reeditados son precisamente sobre la oración. En todos sus libros encomia reiteradamente el trato íntimo con Dios, con Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos. Fue realmente un apóstol sobresaliente de la oración mental. Sus oraciones voca-

les, jaculatorias y devociones piadosas eran continuas todos los días.

La vida interior de amor y atención amorosa al Señor era su ilusionada preocupación y al mismo tiempo ofreciéndose en súplicas incesantes por la salvación y santificación de las almas, por la santa Iglesia, por la auténtica renovación del Carmelo en el genuino espíritu de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, cuya vida y doctrina conocía admirablemente, y por la tradicional España católica. En fin, un sujeto que supo unir con la debida escala de valores la más intensa vida contemplativa de su Orden con el celo apostólico sacerdotal.

Su vida y libros hacen del P. Valentín un eminentísimo maestro de la espiritualidad universal. Con la intensa vida interior y fidelidad inquebrantable a las reglas de Carmelo Teresiano supo armonizar la gran actividad sacerdotal con la dedicación a la pluma de la que son fruto sus libros que tanta aceptación tienen entre las personas de profunda vida sobrenatural; tienen gran semejanza a los Soliloquios de San Agustín y escritos de San Alfonso M.^a de Liguori; son abundantísimas las citas de hechos y dichos de los santos, cuya vida fueron su lectura diaria, lo cual decía que le estimulaba a imitarlos; y así consiguió que ahora a nuestro juicio se le considere ser uno de ellos.

FR. MATÍAS DEL NIÑO JESÚS, O.C.D.
San José de Batuecas, 2003

El autor canta su ida de Batuecas al cielo:

*«Se corrió la cortina que aquí nos separaba.
Se rasgaron los velos y en tus brazos caí...
Ahora ya te poseo y te has hecho sensible,
El mismo en quien vivía en esta soledad.
Aquel Dios infinito, todo amor, incomprensible,
ya es mío, todo mío. Ya se me ha hecho visible.
Es la misma Hermosura y la misma bondad.
¡Oh anhelado momento! ¡Oh instante venturoso!
¡Hazte ya a mí presente! ¡No te tardes, Señor!
Solamente deseo estar ya en Ti glorioso,
Gozarte para siempre en amor jubiloso,
Vivir tu misma vida, amarte con tu mismo amor».*



Retrato del autor en su ancianidad

A las Carmelitas Descalzas:
Cerro de los Ángeles
La Aldehuela
Malagón
La Granja
y demás carmelos teresianos admiradores
de la santidad y libros del autor.

El editor

Índice

Presentación.....	9
Para la almas que esperan en Dios.....	15
Cap. I. El hombre desea la felicidad perfecta	19
Cap. II. El premio del cielo anima a la virtud	31
Cap. III. El cielo, la oración, el recogimiento y peni- tencia	43
Cap. IV. Historia de Barlaam y Josafat.....	61
Cap. V. Ansias de algunas almas por poseer ya y gozar la felicidad del cielo	75
Cap. VI. Eterno será el gozar tras el breve sufrir ...	95
Cap. VII. Se piensa en el cielo, donde se vive la feli- cidad perfecta	105
Cap. VIII. La Hermosura, la Bondad y sus efectos, según Platón	117
Cap. IX. Qué es la felicidad	129
Cap. X. Qué es la felicidad, según Santo Tomás y San Agustín.....	143
Cap. XI. Cielo esencial y cielo local.....	153
Cap. XII. La Biblia describe el cielo	169
Cap. XIII. San Agustín da una idea del cielo	199
Cap. XIV. San Pablo y Santa Teresa vieron algo del cielo.....	217
Cap. XV. Otras visiones del cielo que tuvieron mu- chos santos.....	235

Cap. XVI.	El cielo es sobre cuanto se puede ver, soñar o entender en la tierra	261
Cap. XVII.	¿Qué será el cielo?	277
Cap. XVIII.	Preparación para decir qué es el cielo	291
Cap. XIX.	La visión de Dios es el cielo	311
Cap. XX.	La Luz del cielo.	333
Cap. XXI.	Dante canta la Luz de los bienaventurados en el cielo	359
Cap. XXII.	La Luz de gloria	369
Cap. XXIII.	Lo que se ve, se entiende y se goza en Dios	387
Cap. XXIV.	En la gloria Dios muestra al alma sus tesoros divinos	413
Cap. XXV.	Variedad del cielo. Conocimiento que el bienaventurado tiene del universo y de todos los seres	439
Cap. XXVI.	Gozo especial del alma viendo, tratando y viviendo en Jesús y Jesús en ella	451
Cap. XXVII.	Compañía y convivencia gloriosa con la Virgen y con los ángeles	469
Cap. XXVIII.	Convivencia de unos bienaventurados con otros en el cielo	491
Cap. XXIX.	Amor y comunicación de los bienaventurados con los seres queridos de la tierra . . .	509
Cap. XXX.	Relaciones y conocimientos que los bienaventurados tienen con los hombres, con la tierra y con el universo	519
Cap. XXXI.	Glorificación de los cuerpos resucitados . .	
Cap. XXXII.	De las dotes gloriosas del cuerpo y de las aureolas	543
Cap. XXXIII.	El cielo local.	555
Cap. XXXIV.	Dónde está el cielo	591
Cap. XXXV.	Gozos de los bienaventurados en el cielo, según San Anselmo	611
Cap. XXXVI.	Vida y convivencia de los bienaventurados	617



J. M.

J. T.

Para las almas que esperan en Dios

Fue el 7 de mayo de 1970. Como fiesta de la Ascensión de Jesús a los cielos nos reunimos la pequeña comunidad para tener lo que llamamos *colación espiritual*, que es la conferencia o conversación sobre un tema espiritual según tenemos preceptuado en nuestros desiertos los días más solemnes y establecieron los antiguos ermitaños.

El día tan señalado, el lugar tan acogedor, el ambiente tan apacible y el espíritu de los religiosos convidaban a hablar del cielo. Porque el tiempo estaba espléndido: diáfana la atmósfera, silencioso el sitio, el aire templado con el sol luciente que alegraba y no nos molestaba y ya próximo a esconder su rostro hermoso detrás de las montañas que nos rodeaban.

Sentados los religiosos, unos en unas piedras, otros en el borde del que fue estanque de la fuente del clavel, a la abrigada de boj y de un tupido tejo, veíamos despeñarse en espumosa cabellera la cascada del Carmen. Los ojos se recreaban en la maravillosa belleza de este abrupto y agreste paisaje del reducido valle hundido entre las escarpadas montañas, llenas de la más variada y exuberante vegetación, tapizadas de las flores de jaras y brezos, y, por lo mismo, sitio sobremanera ameno y alegre con la policromía de los árboles con sus hojas y flores de muy variado color y con el sonido del ruidoso Batuecas en su lecho de peñas.

Todo semejaba una maravilla edénica en un rumor callado e impresionante, que se metía muy dentro del alma y hablaba del misterio. Faltaba la palabra de vida que lo llenara de Dios.

Y llegó la palabra de Dios rebosando espíritu por un religioso, que empezó a hablarnos del cielo, al cual Jesús subió en este día. No podía haber en la tierra marco más precioso para el paisaje vivo del cielo. Sobre la amenidad, variedad y encantadora belleza de este panorama único, vestido ahora con todo el esplendor de la primavera, hablar de la belleza y de la felicidad perpetua del cielo invitando a tener el pensamiento en Dios con los ángeles y con los bienaventurados, entre los que se hallaban tantos como en este valle se santificaron, era el ideal de luz más fascinadora.

No podía tratarse tema de mayor ilusión para nosotros, que nos habíamos alejado del mundo —que distrae y disipa— y nos habíamos recogido en esta hondonada solitaria y silenciosa de Batuecas. Se oían las palabras como aquellas primeras que Adán dirigió a Dios en el Paraíso, y animaban a santificar la espera de la entrada en la gloria, que se presiente en este edénico remanso de amor.

Con exuberante gozo oímos explicar que el cielo es la felicidad, porque es vivir a Dios, con Dios y la vida de Dios en el mismo Dios. El cielo es gozar del gozo de Dios con dicha ya perfecta y perpetua en el lugar de delicia colmada, que Dios ha creado para sus bienaventurados, donde quedarán satisfechos todos los deseos, donde se vivirá el gozo de todos los ángeles y bienaventurados y en su compañía y trato. Donde todos nos conoceremos y trataremos en dicha y amor, rebosantes de gozo y contento.

Tan íntima era la impresión causada y la alegría producida en todos, que ya parecía sólo deseábamos se abrieran las puertas de la gloria para saltar del callado y misterioso silencio de la soledad de Batuecas a la radiante luz y felicidad del cielo y entrar en la *visión de Dios*, a gozarnos en el mismo gozo de Dios.

Este es el origen de *Yo en Dios* o *El cielo*, el libro que tienes en tus manos. En él se trata de la vida y de la felicidad del alma ya en la gloria viviendo gloriosa en Dios, Sumo Bien y Suma Felicidad, viendo

y poseyendo todas las cosas en Dios y en ellas mismas. Nos propusimos poner por escrito aquella Colación y aquí la tienes completada con todo lo mejor que después he leído en los santos, que son los que más saben del cielo, y en otros autores que tratan del cielo.

Es libro que completa a los escritos sobre *Al encuentro de Dios, Con Dios a Solas, Dios en mí y Vivir en gracia*, que tanta aceptación han tenido y con tanto gusto y provecho son leídos. También este libro se escribe no para teólogos, sino para las almas piadosas, y por ello en lenguaje que entiendan todas y con el mayor afecto posible. Dios te dé a ti —y nos dé a nosotros— esa delicia y esa felicidad, ahora encubierta en la gracia, en las virtudes y en la vida de amor, fin último del hombre y de todo lo creado, y después a ti y a nosotros se nos dé, ya descubierta, con la luz de la gloria, Dios mismo, infinito en la gloria y en la felicidad perpetua, y vivamos su misma vida y felicidad en El.

Esto te deseamos y pedimos para ti, lector amado. Esto pide tú para nosotros.

Batuecas, víspera de San José de 1971.

CAPÍTULO I

El hombre desea la felicidad perfecta

1.—Aún no ha alboreado la razón en el niño y ya inconscientemente y por instinto procura el bienestar y satisfacer su gusto. Cuando no puede conseguirlo lo reclama a su modo: con el llanto. La naturaleza del hombre necesariamente pide, busca y exige la felicidad con esperanza de conseguirla, o al menos el bienestar.

Dentro de nosotros, en lo más íntimo de la naturaleza, llevamos la inclinación continua y vehemente de ser felices; lo anhelamos con más vehemencia que la misma vida. Ni tenemos necesidad de maestro alguno que nos enseñe qué es la felicidad, aunque sí le necesitamos para que nos indique el modo de vida que nos conduce a la felicidad verdadera y segura y el que nos impide y aleja de llegar a su posesión. A todos nos ha creado Dios para la felici-

dad y ha puesto la inclinación, y aun la idea de ella, en nuestra naturaleza. Por esto se manifiesta ya en el niño antes que la razón. No es posible dejar de sentir la atracción del último fin.

Todas nuestras actividades van encaminadas a conseguir la felicidad o acercarnos a su calor cuanto nos sea posible. La busca el santo y el penitente en su recogimiento, en su oración, en su sacrificio y penitencia. La busca el disipado y el regalado saboreando sus pasatiempos, sus diversiones y sus delicias. Se antepone la felicidad a la vida. La desea el que cuida con exageración de su salud; la desea el que aborrece su vida de tierra, porque la que vive es desgraciada y quiere dejar de sufrir hundiéndose en el silencio de la muerte. Se busca con ansia en los trabajos, en los negocios, en el bienestar, en el descanso, en los bienes de fortuna, en el regalo, en la diversión, en la fama, en la honra, en los conocimientos de la ciencia, en los juegos y pasatiempos, en la amenidad de los paseos y conversaciones con los amigos, y cree ciertamente la encontrará en el amor correspondido. Espera llegar a vivirla en la posesión de todos esos bienes.

El incesante trabajo en la ciencia, en la industria, en el campo, lo mismo que el nervioso y constante movimiento y traslado de los productos, de las cosas y de las personas, y los sorprendentes inventos después de mucho estudio, esfuerzo y constancia, tiene por fin hacer la vida más cómoda, placentera y rega-

lada. Se busca la felicidad. Como se busca en la lectura de las obras de fantasía de la grande literatura y en ver las proyecciones, proporcionándose un recreo imaginario, ya que no pueda tenerse en la realidad. Al menos, soñar felicidad ficticia.

El tiempo y la experiencia muestran que tampoco está en eso ni la satisfacción ni la felicidad apetecida, soñada y buscada, pero no encontrada. Y el deseo de la felicidad no desaparece, antes se siente más fuerte y estimulante, renovándose el esfuerzo para realizar nuevas obras y empresas y conseguir, si no la felicidad, al menos el mayor bienestar posible.

El hombre y la sociedad se mueven con estas aspiraciones. Ellas impulsan las empresas, las revoluciones sociales y las convulsiones de los pueblos. No tenemos felicidad, pero hablamos de ella, la deseamos vehementemente, la procuramos sin escatimar esfuerzo alguno y nos ponemos a los mayores peligros para obtener la que soñamos o juzgamos nos la proporcionará.

Damos la enhorabuena deseando encuentren la prosperidad y la felicidad a los bien amados que empiezan un nuevo modo de vida. ¡Dios mío, que la paz y la concordia y la santa ilusión nunca dejen de alegrar mi mirada! ¿Cuándo me sonreirá el sol de la felicidad?

2.—En ningún estado ni en condición alguna se encuentra la felicidad en la tierra. Ya sé que almas

muy veraces y muy santas dijeron alguna vez que eran felices y no faltaron a la verdad ni disminuyeron en santidad; y no solamente no eran felices, sino que expresaron en frases vehementes las incontenibles ansias que tenían de poseer la felicidad y lo terriblemente duro que se les hacía esta vida de destierro mientras llegaba la realidad de ver a Dios en el cielo. Ellos mismos explicaron que eran felices en esperanza solamente y por los atisbos del cielo que Dios les comunicaba alguna vez en su oración y retiro.

La tierra siempre es destierro, no es la Patria. En la tierra no puede sentirse la feliz dicha de la Patria. A lo más podrá percibirse el suave y amoroso eco de la felicidad, como murmullo apenas perceptible y lejano, y que pasó demasiado veloz Vivir en el destierro es siempre angustioso.

3.—Esperan los hombres encontrar al menos las huellas de la felicidad en el bienestar que les proporcione la obra o empresa que con ilusión preparen. Pero la tierra es el lugar y tiempo de la siembra de la felicidad que se ha de recoger después de esta vida. En la tierra no se gusta fruto tan deseado y delicioso; no se gusta ni en el desenvolvimiento social, ni en el material y menos en el espiritual.

Durante muchos años, desde su marcha sobre Roma, dirigió Mussolini su nación con aplauso general y aun con admiración. Su nación alcanzó durante su mandato grandes adelantos industriales,

bienes sociales y económicos y largo período de paz y seguridad. Cuando fue derribado, recibió el desprecio de los mismos que le habían aplaudido y nadie pudo, ni se atrevió, a librarle de la muerte que le dieron. Decía después su viuda que nunca había habido tanta paz en su casa como cuando vivía privadamente de su empleo. No dan la felicidad ni los bienes materiales, ni los puestos distinguidos, ni los aplausos, ni la fama.

San Juan Crisóstomo se deshace en gozo describiendo la paz que goza el monje en su pobreza y soledad y la zozobra en que vive el rey con su séquito y sus riquezas. Y era frase romana que cerca del Capitolio estaba la roca Tarpeya. De lejos, la grandeza fascina al hombre y la desea juzgándola como fuente de felicidad, y cuando la consigue, experimenta que es fuente de desazón. La felicidad está por encima de esos bienes y de cuantos se pueden soñar.

4.—*Desear la felicidad* —decía Santo Tomás— *no es otra cosa que desear que la voluntad quede completamente saciada. Y nada puede saciar completamente el natural deseo del hombre más que el bien perfecto, y esto es la bienaventuranza o felicidad*¹. *Poseer la verdad y gozar la bondad. Mas para la felicidad de esta vida es necesario que también el cuerpo sea feliz*².

1. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, II, q. V., a. VII y VIII.

2. Id., id., I, III, q. IV, a. 5.

En esta vida de la tierra ni el alma es feliz ni lo es el cuerpo, y aun me atrevo a afirmar que ni pueden serlo. Se desea, se busca la felicidad, pero es imposible poder llegar a obtenerla, aun cuando en un momento de optimismo parezca está ya como al alcance y se perciba su aliento.

Muy elegante y acertadamente dijo un poeta que en la tierra la felicidad es

Sueño que al alma fatiga
luz que ante mí se derrama,
voz que impaciente me llama
ansia que a vivir me obliga,
felicidad que me hostiga,
y en pos de mí siempre va,
que a un mismo tiempo le da
luz y sombra a mi deseo...
Yo en todas partes la veo
y no la encuentro en ninguna...

Vagamente dibujada
la encuentra el alma indecisa,
en la luz de una mirada,
en toda dicha esperada,
en la que pasó importuna,
en la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible
y no se alcanza en ninguna.

.....

Tras de la sombra mentida,
que finge tu afán profundo,
buscándola por el mundo

vas asumiendo la vida;
sombra alcanzada o perdida,
en donde quiera que estés
por todas partes la ves...
Mas ¡ay, infeliz de ti!
¡Si llegas ya no está allí!
¡Si la alcanzas, ya no es!
¡Felicidad! Sueño vano
de un bien que no está en la tierra;
ansia que impaciente encierra
triste el corazón humano;
luz de misterioso arcano,
vaga sombra celestial,
mezcla de bien y de mal;
tú eres en mi corazón
la eterna revelación
de mi espíritu inmortal³.

5.—Si algunos hombres dejaron escrito que eran felices, ciertamente no lo eran, ni aun con una felicidad muy condicionada, muy limitada y por muy breve tiempo; y la felicidad, para serlo, no ha de tener límites ni de inseguridad ni de tiempo. No eran felices ni podían serlo aun cuando por breves instantes fueran acariciados por brisas de bienestar y delicia.

Ni los santos fueron felices escogiendo la vida espiritual de recogimiento con Dios, o de apostolado por amor de Dios y del prójimo; ni lo fueron los

3. José Selgas: *Poesías: la Esperanza*.

hombres que escogieron el camino de la gloria y de la fama humana, o el camino del regalo, de la comodidad, de darse gusto en todo y vivir las diversiones de la vida. Deseaban todos y procuraban la felicidad ¡los unos la procuraban para la vida futura del cielo; los otros, para la vida actual en la tierra; pero ni los unos ni los otros la poseían. El santo la tiene en esperanza de que Dios se la dará, no la tiene en la realidad actual. A ella se refieren cuando alguna vez hablan de que eran felices. Porque no poseían la realidad actual de la felicidad, vemos que deseaban con deseo vehemente salir de esta vida para ir a ver a Dios, y obtener ya la felicidad actual con la visión y posesión de Dios. Porque Dios es la felicidad perfecta e infinita y comunica felicidad y por la visión gloriosa de la esencia de Dios se obtiene la posesión de la felicidad. Ahora, en la tierra, sólo podemos tenerla en esperanza. Nos lo enseña la fe y la experiencia.

6.—Los santos buscaban a Dios, y en Dios la felicidad. Por todos nos lo dice San Agustín con estas palabras: *¿Y a Ti, Señor, de qué modo te puedo buscar? Porque cuando te busco a Ti, Dios mío, busco la vida bienaventurada. Búsqüete yo para que viva mi alma, porque si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de Ti. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada —porque no la poseeré hasta que diga «basta» allí donde conviene que lo diga—, cómo la busco, pues?... ¿Acaso no es la vida*

bienaventurada la que todos apetecen sin que haya ninguno que no la desee? ¿Dónde la vieron para amarla? Ciertamente que tenemos su imagen no sé de qué modo. Mas es diverso el modo de ser feliz: el que lo es por poseer realmente aquélla, y los que son felices en esperanza. Sin duda que éstos la poseen de modo inferior a aquellos que son felices en realidad. Con todo, son mejores que aquellos que ni en realidad ni en esperanza son felices. Pero ni éstos desearan tanto ser felices si no tuvieran una noción de la felicidad del modo que sea. Pero que la desean es ciertísimo⁴.

Y más adelante el mismo San Agustín da la noción de la felicidad verdadera hablando con Dios: *Lejos, Señor, lejos del corazón de tu siervo, que se confiesa a Ti, lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, y ese gozo eres Tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti. Esa es y no otra. Mas los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no el verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de gozo⁵.*

La vida feliz es, pues, el gozo de la verdad, porque este es un gozo de Ti, que eres la Verdad, ¡oh Dios, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío! Todos desean esta vida feliz;

4. San Agustín: *Confesiones*, lib. X, cap. XX, y *De la Trinidad*, lib. XIII, 5.

5. Id., id., lib. X, cap. XXII.

*todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad*⁶.

*Cuando yo me adheriere a Ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de Ti. Mas ahora, como al que Tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de Ti... ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos?*⁷.

*Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras*⁸.

7.—Cuando la atención del alma está fija en la hermosísima luz de Dios, que es la verdadera y única felicidad, todos los contratiempos y dolores y todas las pruebas y persecuciones que se presentan en la vida se ven orlados de alegría y de encanto.

Esta es la razón de las expresiones de felicidad relativa, que leemos de muchas almas enamoradas de Dios comunicándose su contento en la prueba y en el dolor. La esperanza y el amor los transforman.

Preso estaba en una cárcel de Japón y esperando la hora de ser quemado vivo por predicar a Jesucristo el Beato Francisco de Morales cuando escribe a sus hermanos los religiosos dominicos: «Es Dios Nuestro Padre Señor tan largo en misericordias, que no sólo recibí cuando me llevaban preso el mayor

6. Id., id., lib. X, cap. XXIII.

7. Id., id., lib. X, cap. XXVIII. Ver más adelante el capítulo VIII.

8. Id., id., lib. X, cap. XXIX.

gusto que en toda mi vida había tenido, sino que jamás había entendido que, estando en la tierra, pudiese un hombre tenerlo tan grande como yo lo tenía entonces en mi alma. Si quisiera dar oídos a mi personal inclinación, no cambiaría este lugar, que es para mí un paraíso, por los más deliciosos lugares del mundo... Cuando contemplo a Jesucristo clavado en la cruz con tales dolores y tormentos, la cárcel se me hace un paraíso de delicias»⁹.

No tenían la felicidad, pero la gracia especial de Dios, el amor y la esperanza, hacían de la cárcel un paraíso; la veían como la antesala de la felicidad del cielo.

Es el lleno de felicidad muy relativa que han expresado muchos santos considerando su alma convertida en un paraíso por la presencia amorosa de Dios, y que Santa Teresa de Jesús, como otros muchos místicos, decía del gozo que entonces la comunicaba Dios no podía compararse con ningún gozo de la tierra, y con un solo momento que se tuviese, daba por bien pagados cuantos trabajos y pruebas, exteriores e interiores, hubiera pasado.

No se puede dejar de desear con gran deseo la felicidad para la cual hemos sido criados.

9. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 14 de septiembre.

CAPÍTULO II

El premio del cielo anima a la virtud

8.—Tan presente y tan imborrable como la inclinación y el deseo de ser feliz, tiene el hombre grabado en su naturaleza, al menos implícitamente, el deseo del cielo y una vaga idea de lo que será la morada o lugar donde únicamente puede vivirse perfecta la felicidad. El alma considera el cielo como el lugar dichoso donde se hallan juntos todos los bienes naturales y sobrenaturales o divinos, únicos capaces de hacer feliz al hombre.

El cielo ciertamente es el mismo Dios, la visión y posesión de Dios; pensamos que es un lugar de delicia, de hermosura y bienestar insoñable.

Con la visión y posesión de Dios en su esencia y perfecciones, recibe el alma participación de la misma vida feliz de Dios en todos sus atributos. Se hace bienaventurada y dichosa para siempre. Participará

de las perfecciones y de la dicha de Dios en proporción de la gracia que adquirió en la tierra, y la participará para no perderla ya jamás ni aun disminuir en la delicia.

Con la participación gloriosa de la vida y perfecciones de Dios, infunde Dios en el alma el más alto amor y la satisfacción de todos los deseos en la exaltación mas jubilosa y exuberante. En la tierra no puede la inteligencia formarse idea de la grandiosidad y hermosura de esos deseos, pero quedarán colmados en toda su capacidad de entender y gozar.

9.—El amor une las voluntades de quienes se aman. El amor de Dios une la voluntad del hombre con la de Dios y la voluntad de Dios con la del hombre. Dios da el amor. El cielo es el reinado del amor de Dios y del hombre. El amor de Dios guía al cielo enseñando la santidad y tiene su trono en el cielo. Las almas buenas se han esforzado para vivir las virtudes con toda delicadeza y perfección mirando al cielo. El amor de Dios enseña la sabiduría para alcanzar mucho cielo. El amor de Dios transforma la esperanza en confianza. Confiaron las almas fervorosas en que Dios, su Amado, les daría el cielo, y no fueron defraudadas, y viven gloriosas en el cielo, en la felicidad del mismo Dios, y Dios las ha hecho felices con su visión gloriosa y viven en el cielo dichosas. El amor procura la presencia de lo amado.

El amor enamorado no guarda secretos para el amado. Dios ama con amor infinito mi alma, y quiere darme el cielo si yo correspondo a su amor, y en el cielo me mostrará los secretos de sus perfecciones infinitas, me dará su misma vida y me comunicará sus perfecciones y su dicha; eso es el verdadero cielo esencial. No puede darse mayor unión ni Dios mostrar mayor generosidad que hacerme feliz con su felicidad y dándome a vivir su misma vida.

10.—Las almas de virtudes, enamoradas de Dios, confiadas en la palabra que Dios ha dado¹, deseosas de verle, amorosamente le instaban para que cumpliera pronto su palabra y le vieran ya en la visión gloriosa. Santa Teresa le decía:

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?².

Vivían en Dios y con Dios en amor; pero querían verle ya glorioso, y decían:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura³.

1. Salmo 118, 49.

2. Santa Teresa de Jesús: *Poesías. Coloquio amoroso*.

3. San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*.

La grandeza de la vida espiritual está en que se vive a Dios presente y amoroso en el alma. Está presente en realidad actual, pero todavía ni el entendimiento le ve claro ni en su esencia, sino a través de los velos de la fe, ni se le siente glorioso ni aun gozoso. La fe es faro seguro y cierto para llegar a Dios, pero es oscura.

El alma de vida interior, sobrenatural, sabe que tiene a Dios en sí misma y le mira y trata y se le entrega. El alma de vida interior trata y convive con Dios en el amor más íntimo dentro de sí misma; Dios obra la maravilla de la Santidad, pero el alma no le ve y le espera y le desea. Con el poeta dice:

Dichoso tú...

Pues en la vida tienes
de la futura gloria, gloria en rehenes;
pues este gozo sin zozobra alcanza
y adquiere posesión por la esperanza⁴.

Espera ver a Dios glorioso en el cielo.

Las almas de intensa vida espiritual nos hablan algunas veces de regalos inefables que Dios las comunicó por modo maravilloso, regalos muy superiores a cuantas delicias se pueden fantasear o soñar. Sentían algo que hacía recordar la fragancia o el aleteo de la felicidad. Esta misma fragancia los

4. Fray Francisco de Jesús, C. D.: *Epopeya Mariano Concepcionista*, canto I.

aumentaba el ansia de entrar muy pronto, guiados por la mano de Dios, en el cielo a tornar posesión de la felicidad en la deleitosa visión de su esencia. Su ansia y su ilusión era ver a Dios, estar con Dios y viviendo en Dios poseer la felicidad anhelada.

Para obtener más intensa felicidad en el cielo con más clara visión de las perfecciones divinas, abrazaban más fuertemente la cruz, la mortificación, el recogimiento con Dios. San Pablo escribe que *él mismo no sabe si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe, fue arrebatado al Paraíso, donde oyó palabras que no es posible pueda un hombre expresar*⁵. Esa estancia en el cielo, aunque en rápida visión, acrecentó en su voluntad las ansias de ir allá ya definitivamente, moviéndole a decir: Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo, que es, sin comparación, mejor para mí⁶. ¡Es la fuerte atracción que la felicidad ejerce sobre el alma! ¿Cuándo me veré yo en el cielo?

11.—La esperanza del cielo alentaba a los mártires en sus tormentos. La esperanza del premio en la felicidad del cielo daba perseverancia a los penitentes en sus sacrificios y sostenía a los confesores en sus trabajos. La esperanza de la imperecedera felicidad presenta la hermosa y brillante corona de

5. San Pablo: *II a los Corintios*, 12, 4.

6. Id. *A los Filipenses*, 1, 23.

dicha en el cielo como premio de su perseverancia en las virtudes.

Cuando en Marsella el juez que condenaba a terribles tormentos de martirio a San Víctor, pretendía burlarse del mártir porque dejaba la brillante carrera militar por las engañosas promesas futuras de los cristianos, el santo le dijo: *La prueba concluyente de la seguridad de estos bienes del cielo, que esperamos, son los suplicios que padecemos con tanta alegría sólo por alcanzarlos. Aquí estoy yo pronto para servir de nuevo ejemplo*⁷ ¿Qué inquietud ni tristeza podía producirle perder el brillo humano de la carrera militar, si se iba con la palma del martirio a las delicias del cielo eterno? La gracia especial de Dios fortalecía su alma para perseverar gozoso en los tormentos del martirio por dolorosos que fueran; eran el testimonio de su amor a Dios y le proporcionaban mayor premio y gloria imperecedera en el cielo.

¿Qué podía mover a vivir en las soledades, aislados de la sociedad y del comercio de los hombres en una vida muy austera y dura, en silencio y oración, a tantos solitarios como vivieron en los desiertos y a tantos muy recogidos que viven en los conventos, ofrecidos del todo a Dios, si no es la esperanza del premio del cielo?

Cuando sentían el cansancio y la prueba de su vida de silencio, de penitencia, de soledad, se ani-

7. P. Juan Croisset, *Año Cristiano*, 21 de julio.

maban a sí mismos como el grande San Macario y San Arsenio y animaban a sus discípulos no sólo repitiendo las palabras de *¿A qué viniste a la soledad?*, sino que desperezaban el tedio de su cuerpo y de su espíritu con estas otras más valientes: *¿Para esto dejaste aquello?*, pues habían dejado muchos bienes y honras y se habían abrazado con la pobreza y ser desconocidos por la esperanza del cielo. ¿Qué esperaba en la tierra quien lo había dejado todo por Dios?

En el retiro con Dios no tenían apego a esta vida de la tierra y suspiraban por la vida del cielo. La vida de la tierra siempre es destierro. Esperamos el cielo. Tenemos la confiada esperanza de ser felices para siempre en el cielo. Esperamos vivir la felicidad perfecta e insoñable en el mismo Dios.

Esta esperanza animaba y alegraba al solitario que encontró un rey, y preguntándole el rey si no vivía triste estando tan solo, le respondió el solitario que tenía un secreto que se lo alegraba todo. Deseando el rey saber ese secreto, le dijo el solitario que mirara por un agujerito de su ermitilla y viera. El rey nada veía, y le dice de nuevo el solitario: «¿No ve el firmamento, el cielo? ¡Aquel cielo todo me lo alegra! ¡Aquel cielo para siempre!... ¿No voy a estar alegre?».

12.—La esperanza del premio del cielo daba fortaleza y contento a tantos mártires como por confe-

sar a Cristo y no perder el cielo abrazaron tormentos insufribles sin una gracia especial del Señor. La esperanza de que serían largamente recompensadas sus penitencias y su apartamiento de lo mundano llenó las soledades y lugares retirados de almas heroicas en santidad y continúa llenando los conventos; almas santas que renuncian a la abundancia y abrazan la pobreza con sus molestas incomodidades, y el retiro y el silencio para vivir más perfectamente las virtudes en Dios y con Dios y como en antesala del cielo. Ninguno abraza el martirio, ni la penitencia, ni el silencio, ni se abstiene de las diversiones y disipaciones, ni de los goces del mundo, ni se aparta del trato de los hombres, por gusto y recreo del cuerpo. Todos abrazaron y sacrificaron sus gustos y complacencias, como los abrazan y sacrifican hoy, por el premio del cielo y para amar más a Dios. Renuncian a lo mundano y matan su amor propio y propio gusto para crecer hasta transformarse en el amor de Dios, para hacer la voluntad de Dios en todo y ganar mucho cielo.

La fe me enseña que calladas e imperceptibles armonías de cielo y fragancias de paraíso y luces del empíreo embellecen y sobrenaturalizan el silencio de los conventos, y multitud de ángeles y bienaventurados llena la soledad de la celda y el retiro de los claustros, y Dios acompaña y habita amoroso en el alma que se retiró de los hombres para ser su morada. No está mi alma sola cuando, siguiendo

el llamamiento de Dios, me retiro con Él a solas. Sé con certeza de fe que Dios está presente en mí, está siendo mi vida, está transformando misteriosamente mi alma para unirla en amor con Él y hacerla amor suyo, y con Dios están los ángeles y bienaventurados, con los que he de vivir y gozarme después en el cielo.

Viviendo así en Dios y con la compañía de los ángeles en mi retiro, esperaré ansioso, en prueba o en gozo, el momento en que Dios me llame a verle ya glorioso y me llene de felicidad en el cielo. Mira al cielo, alma mía, mira a tu Dios mientras vives en la tierra, y habla con Él esperando el alborear del día de la felicidad en su gloria. Mira al cielo, habla y mira a Dios presente en ti y en quien vives, aunque ahora parece oculto; déjalo todo por vivir y amar a Dios, tu cielo, y, sumergida en Dios, esperarás ansiosa el momento de entrar en la gloria, donde te llenará de dicha y felicidad; mira la corona de gloria con que coronará tus privaciones y tu amor en la tierra, pues *no son de comparar los sufrimientos presentes con aquella gloria prometida*⁸.

13.—Decídete a *vivir como ciudadano* del cielo, según consejo de San Pablo⁹. Con diligencia atiende a que tu conversación y tus pensamientos y amores

8. San Pablo: *A los Romanos*, 8, 18.

9. Id. *A los Filipenses*, 3, 20.

sean sobre el cielo y con el Creador del cielo, que es tu Padre, como son los pensamientos, conversaciones y amores de los ángeles. Considera como dichas para ti las palabras que con ternura inmensa dijo Dios a Santa Teresa: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*¹⁰; practícalo como ella, pues para eso te ha creado el Señor; vive con Dios y con los ángeles y será tu vida como ensayo de la del cielo, llena de luz y de amor. Habla con Dios y con los ciudadanos del cielo, que, aun cuando tus oídos no oigan su contestación, ellos la grabarán siempre en tu alma con verdades de gloria, y transformarán en cielo tu retiro y a ti misma. Mírate en la hermosura de Dios, y mira tu retiro lleno de armonías y luces de Dios; pues estás en Dios, háblale, mírale. Él no deja de mirarte y de hablarte y ofrecerte su amor.

No preguntemos ni a los hombres de sociedad, ni a los destacados en sola ciencia humana, ni aun a los teólogos que cultivan poco el trato con Dios, que nos aclaren el heroísmo de estas almas admirables que lo dejan todo para ser totalmente de Dios en sobrenatural retiro. Sólo los que viven el amor de Dios tienen luz de cielo para comprender el tesoro, la ganancia y la hermosura de esta vida con Dios en ejercicios de virtudes, y es natural la menosprecien y desestimen los no espirituales, posponiéndola a la

10. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 24, 7.

actividad y al trato y conversación con los hombres, como juzgaron despilfarro el bálsamo que la Magdalena vertió para ungir a Jesús. Ignoran lo que se gana en estar con Dios y tratar con Dios.

Las almas de trato y amistad con Dios y de sabiduría de cielo repetirán como la suma de la perfección y de la ganancia:

Olvido de lo criado,
memoria del Creador,
atención a lo interior
y estarse amando al Amado¹¹.

11. San Juan de la Cruz: *Poesías. Suma de la perfección*.

CAPÍTULO III

El cielo, la oración, el recogimiento y penitencia

14.—Tímidamente llamé con suavidad a su puerta, y una voz apacible y acogedora me facilitó la entrada. Tenía delante de sí, estribado sobre la cruz, este letrero: *Vive en tu celda y considérala como un paraíso. Desecha todo recuerdo de mundo*¹, y sobre la sencillísima mesa leía en un libro: *Columba cantaba esta antifona, que es como un suspiro, un deseo y una profecía: Ábreme, Señor, las puertas de tu Paraíso para que vuelva a aquella Patria donde la muerte no existe, donde la dulzura del gozo es perpetua. El ardor con que le deseo abre en mi carne y en mi alma una desgarradora herida, que sólo podrá curarme una mirada suya en el cielo*².

1. Fray Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 7 de febrero.

2. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 18 de septiembre.

Me miró con ojos de bondad. La de su alma se trasladaba por ellos. Medio avergonzado y tímido, dirigí yo los míos a los suyos, al libro, a la cruz, al letrado. Emocionado por la impresión y la veneración, no acertaba a expresar cuanto venía a exponerle y consultarle. Lo había pensado y ordenado muy bien y había escogido aquel lugar de retiro, silencio y santidad para consultar al hombre santo y prudente.

15.—Como si viera mi aturdimiento interior y le fueran manifiestos mis pensamientos, me insinuó con amorosa sencillez lo que él hacía:

—Estaba —me dijo— pensando y deleitándome en la luz del cielo, en las armonías del cielo, en la compañía que tendremos en el cielo y ya tenemos en este retiro. Esclarecen mi entendimiento y alegran y encienden mi voluntad los hechos de estos santos cuyas vidas diariamente leo. Ellos sufrieron y vivieron pensando en el cielo, y ahora están allí para siempre gozando en dicha y recogen en delicia el fruto de sus sufrimientos y virtudes. Otros encuentran sus complacencias en recrearse con la compañía y vista de los hombres, con los acontecimientos y diversiones, con los juegos o espectáculos. Yo encuentro mi contento y recibo fortaleza y enseñanza mirando, escuchando o pensando y leyendo en la hermosura y felicidad del cielo que espero y en la amable compañía de los ángeles y de los santos que están gloriosos en Dios. Gusto de tratar con ellos ahora en este mi retiro. De este trato

saco fortaleza en la fe y sabiduría sobrenatural para amar cada día más los sufrimientos, la penitencia y el recogimiento. Con su compañía y trato encuentro el bienestar espiritual en la atención callada de ofrecimiento a Dios, aunque diste aún mucho de la abundancia y gozo con que la vivía el santo que dijo esas palabras —y señalaba al letrado que delante de sí tenía.

—Pero ahora —le indiqué yo— no suele tenerse por tan perfecta esa doctrina de que no se recuerde ni se trate con el mundo, sino la contraria, de que vayamos al mundo y le tratemos, pues su trato hará mucho bien a la vida espiritual de cada uno y se hará mucho bien a los que viven en el mundo. Que huir del mundo es egoísmo y cobardía. Perdona —añadí— me haya atrevido a exponerle esta insinuación interrumpiendo lo que me enseñaba. He venido hasta aquí, temiendo quitarle su quietud y silencio, para conocer su pensamiento sobre esto y que me esclareciera esta duda y confusión, que en los momentos actuales me enseñar.

—¡Ay!, amadísimo —me dijo, sonriendo con amabilidad—, yo no poseo la ciencia para exponértelo con claridad y hermosura, como ello merece y tú crees y esperas en tu benignidad conmigo. Pero sí tengo la fe firme y el conocimiento cierto de lo que Jesucristo nos enseñó y mandó, del ejemplo de su vida y de la doctrina y hechos de los santos que nos han precedido desde Jesucristo hasta estos tiempos. Mira bien que las opiniones de los hombres y sus juicios cambian, pero los hechos de Jesús y sus palabras en el Evangelio no

cambian y permanecerán hasta el fin de los tiempos. Yo no me atrevo a dejar de ir por el camino que anduvo Jesús y que siguieron los santos. Veo que es camino seguro para el cielo y Jesús vino a enseñármelo, y esto me mandan sus palabras. Los santos se santificaron por ese camino y aun por ese camino convirtieron el mundo. Dios hizo milagros para reafirmar ese modo de vida. La palabra de Dios es invariable, a pesar de cuanto digan o interpreten los hombres. Aseguremos el cielo.

16.—Porque el cielo, para el cual hemos sido criados, es una maravilla tan grande y sobrenatural, es algo tan insoñable y sobreexcedente, que no puede compararse con él cosa alguna ni puede criatura alguna de suyo merecerlo. Nos lo da Dios y ha tenido Dios la bondad de criarnos para esa luz, para esa belleza, para esa felicidad, que no sólo no podemos soñar, pero ni aun tener idea proporcionada hasta que Dios nos la dé con su visión en la gloria.

Dios nos ha criado para el cielo y se lo da a todos los que van por el camino que nos tiene prefijado y anduvo Jesucristo. No se llega al cielo por otro camino, y va infinita ganancia en ir por camino seguro o pierde infinito el alma que va por camino errado y nunca puede llegar al cielo.

El mismo Jesucristo nos mandó: *Entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición y son muchos los que entran*

por él. ¡Oh, qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida eterna, y qué pocos los que atinan con ella!³.

Y Jesucristo también nos lo señaló cuando dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre si no es por mí⁴. Y aún precisó más el camino necesario con estas palabras: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz y sígame..., porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? O ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida?⁵. Todas son palabras del mismo Jesucristo; quiso expresar con toda claridad y aun repetir varias veces su deseo y su mandato para que no hubiera tergiversación.

Porque conocieron claramente su deseo, su doctrina y su mandato, se alejaron del mundo y de las disipaciones y regalos mundanos cuantos aspiraron a la perfección y a un trato más amoroso e íntimo con Dios y se retiraron al recogimiento, oración y mortificación para asegurar el cielo.

Recuerda el hecho extraordinario de San Pablo, que habla de ser el Apóstol más caracterizado de los gentiles y el más activo y dinámico; cuando recibió la luz de la verdad de los labios de Jesús, se retiró del mundo y se fue a la soledad, donde permaneció con

3. Mateo, 7, 13-14.

4. San Juan, 14, 6.

5. Mateo, 19, 21.

Dios tres años⁶. Y aquel San Antonio Abad, que fue como la personificación perfecta y atrayente de las almas entregadas a Dios y a la contemplación en retirada soledad, tomó la determinación de vender cuantos bienes tenía, dárselos a los pobres y alejarse del mundo y del trato de la sociedad cuando oyó leer en la iglesia las palabras que Jesús dijo al joven que guardaba los preceptos de Dios desde su niñez: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme*⁷. San Antonio lo hizo, y con su ejemplo y su santidad llevó en pos de sí muchos miles de hombres que, como él, renunciaron a todo y se fueron a vivir en pobreza y oración a la soledad, y con su ejemplo y santidad influyeron en la propagación de la fe por el mundo y en la conversión de las almas con eficacia maravillosa. Dios aprobaba su vida con milagros.

Y el maravilloso misionero San Francisco Javier, cuando fue destinado a convertir las almas a la India, movido de esta doctrina, ni aun fue a Javier a despedirse de su familia, ofreciendo a Dios este sacrificio por lo mucho que le amaba. ¿Y quién en la actualidad superará su celo ni su amor? ¿Quién llevará a Dios tantas almas como él llevó? Esos santos obraron maravillas o Dios en ellos y por ellos. Imitaron a Jesucristo.

6. San Pablo: *A los Gálatas*, 1, 17.

7. Mateo, 19, 21.

No fueron mundanos y huyeron del mundo. Yo no los conceptúo ni cobardes ni egoístas.

17.—Jesucristo fue el modelo único perfecto de los santos y el camino por donde llegaron a la santidad y al cielo y por donde únicamente hemos de alcanzar todos la santidad y la felicidad eterna prometida. Cuantos no vayan por este camino —y menos los que salen de él— no pueden llegar jamás a tan deseado bien. San Pablo nos enseña que aun cuando un ángel nos anuncie doctrina contraria a Jesús crucificado, no le creamos⁸, y San Juan de la Cruz, que obremos en cada acción como obraría Jesucristo en estos momentos⁹.

Pero Jesucristo decía, sin vacilación y terminante, a sus Apóstoles: *Como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece*¹⁰. Y en la Oración al Padre le dice, rogando por sus Apóstoles: *Porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo*¹¹. Exigía, y continúa exigiendo inexorablemente a las almas escogidas con tanto amor y predilección, una voluntad firme y determinada para no desistir, suceda lo que sucediere; por eso dijo esta sentencia terminante: *Ninguno que después de haber*

8. San Pablo: *Gálatas*, 1, 8.

9. San Juan de la Cruz: *Avisos*, 160.

10. San Juan, 15, 19.

11. Id., 17, 14.

*puesto su mano en el arado y vuelve sus ojos atrás, es apto para el reino de los cielos*¹².

Haciéndole con mi cabeza y mano señal de mi asentimiento a cuanto me explicaba, le dije:

—Me parece muy clara esta doctrina y considero es la que Nuestro Señor Jesucristo nos enseña en el Evangelio, ni se había nunca despertado duda alguna en mí hasta los momentos actuales. Pero quieren convencerme ahora de que no se debe dejar de acudir al mundo ni de tratar con el mundo y es más perfecto y apostólico estar muy enterado de lo que se hace en el mundo mundano y asistir a sus reuniones, espectáculos y diversiones para encauzarlos hacia Dios y en ellos se ganan las almas. Me dicen ser hoy eso lo más apostólico y perfecto; y como convertiremos las almas es procurando el bien social y el trato con las gentes y asistiendo a sus reuniones. La penitencia ni es casi compatible con el apostolado, ni ayuda a la perfección, ni conduce a nada. Como chocan con las ideas que siempre he aprendido y procurado vivir, vengo a conocer su parecer, que tanto aprecio, y a que me enseñe la verdad con exactitud.

—¡Oh amadísimo! —me dijo de nuevo con amor compasivo—. Ni ese modo de pensar ni esas ideas son novedad de estos tiempos. Siempre que ha faltado el amor de Dios, se ha perdido el espíritu de mortificación y se ha propagado y razonado con esa doctrina.

12. San Lucas, 9, 62.